

Kristian Novak

Gitano, pero el más bello

6. N / Cruce de frontera

Por primera vez Dilara me dijo que tenía miedo cuando la llamé desde Ipsala, cerca de la frontera. Así nomás: tengo miedo. ¿Sabes lo que esto le hace a un hombre? Dios no permita que alguna vez aprendas.

Confesó que estaba pensando en la fuga. Estaba asustada porque nadie sabía lo que realmente estaba pasando. Algunos decían que empezaron a gravar a los cristianos, otros que eso no era verdad. Un amigo chiíta dijo que nadie lo había amenazado. Algunos hablaban de violaciones, un yihadista tiene derecho de forzar a una mujer. Los *takfirs* estaban atentos.

Un *takfir* sería... una persona que delata a otros musulmanes, por infieles. Probablemente los sunitas a los chiítas.

Han liberado a cientos de hombres de prisión, y ahora ellos, de repente los justos de los justos, están engrosando sus filas. Han impuesto un toque de queda. Los pepinos están prohibidos porque pueden fermentarse y producir alcohol. Si te ven fumando un cigarrillo o una shisha, te cortan los dedos. Cada familia tiene que dar un miembro adulto al Daesh. Ofrecen ochocientos dólares al mes y matrimonio a los solteros. Se financian de muchas maneras, tomando de la gente, recaudando impuestos, se han apropiado del comercio de cemento. Dilara suena tan frágil y detrás de ella puedo escuchar claramente una voz profunda desde el interior de la casa, diciendo: nos abandonaste.

Estábamos esperando para cruzar en un río. Se habían reunido cientos de personas y deseé que no lo hubieran hecho. Estábamos empapados de sudor y todo apestaba a orina y carne podrida. ¿Por qué me estáis haciendo esto? No hay suficiente espacio para todos nosotros en Europa. La mayoría dormía entre los arbustos. Tienen los puños cerrados y parecen cadáveres enojados. En una mano el móvil y en la otra el dinero. El primero los ata a casa, el último los ancla en su destino. Hombres negros con piernas largas y delgadas sentados sobre cuadrados de nailon, masticando palillos. Han ocupado la zona más verde. No podía quitarles los ojos de encima. Se sientan sobre sus cuadrados de nailon, con las piernas abiertas, escupen en el suelo y miran a las mujeres. Por ellos me será más difícil entrar en Europa, yo que quiero trabajar y a quien matarán si vuelvo a casa. Están muy tranquilos y distantes, esperan, no desperdician energía, se quitan una mosca de los ojos de vez en cuando y luego vuelven al letargo.

El más grande de ellos no dice una palabra, hojea un libro con la palabra IKEA en la tapa, bebe agua de una bolsa de plástico transparente. Mi Lamassu los esparciría como figuritas de madera.

Los buitres locales rondan, nos ofrecen agua, mantas y literas. Cuando el día se pone nublado, sacan de sus furgonetas paraguas y lonas con el logo de un banco americano. Le digo a Azad:

- Con esto no puedes cruzar. Entonces lo dejas en la orilla y estos van, lo recogen y lo vuelven a vender.

- La gente no lo compra para quedarse con ello, me dice Azad.

- ¿No?

- Presta atención. Tienen la esperanza de que los revendedores les permitan cruzar primeros. Y los que venden paraguas no tienen nada que ver con eso. Y como no hay nadie que pueda explicárselo, los vendedores se enriquecen.

Azad era torpe, pero conocía bien las facetas sombrías del mundo. Me perturbó el interés y la tranquilidad con los que hablaba de eso. Me preguntaba cuánto él realmente necesitaba mi ayuda. Hacía amigos y arreglos con facilidad. Logró trocar medio paquete de cigarrillos con un marroquí por una botella de agua que teníamos. El marroquí nos mostró una foto de su hermano, que ya llevaba dos años en Alemania y jugaba en un equipo de fútbol de la segunda división. El hermano estaba a punto de trasladarse a Francia, al club Zenedien.

Supongo que es St. Etienne.

Azad le pregunta por qué su hermano no le compró un billete de avión para poder viajar con dignidad. El marroquí dice que se lo prohibieron estrictamente a su hermano nada más llegar al club.

Se corrió la voz de que estábamos a punto de movernos y la gente se animó. Los africanos empezaron a bailar, aplaudir y cantar. En una hora llegaron las furgonetas y comenzaron los regateos y los gritos. Los contrabandistas parecían no temerle a nadie. Uno de los negros quería subirse a una camioneta, el conductor lo empujó hacia atrás y le gritó. Nadie entiende a nadie y de nuevo me entra el pánico. Azad me tranquiliza: nadie se quedará atrás. Efectivamente, todos entramos. Cada uno de nosotros paga cien dólares por un viaje de media hora hasta el lugar donde cruzaremos la frontera. En el camino nos paran unos hombres vestidos de civil, hablan con el conductor y nos dejan pasar. Y este fue todo el riesgo que corrieron. Llevan a la gente cerca del agua, llenan los botes, los empujan y regresan para la siguiente ronda.

Todo el mundo guarda sus móviles en bolsas de plástico a la orilla del río. Los primeros en cruzar son los que pagaron cincuenta dólares adicionales por el bote. Algunos no saben remar y se encallan en un banco de arena en mitad del río. Empujan. En ese lugar se encuentran los restos de hormigón de un puente. Azad mira las ruinas, luego mira a las personas que nos han traído aquí, y luego nuevamente a las ruinas. Y dice:

- Mira. ¿Sabes cómo uno se hace rico? Volando un puente.

Se me hace un nudo en la garganta mientras miro el agua. Cada vez más a menudo, con la claridad de un profeta, veía las desgracias que pueden ocurrir. Esta vez vi cómo nos sacaban del río a Azad, a dos negros y a mí, atados entre nosotros con una cuerda. Azad es el único en sobrevivir y grita que el resto de nosotros no sabíamos nadar.

Él ve que estoy ansioso y me dice que el río es poco profundo. La mayoría ya lo ha cruzado y han desaparecido entre los matorrales, y yo esperando en vano que algunos de los barcos regresen vacíos a nuestro lado. Veo todas las cosas tiradas en la orilla. Una cantidad increíble de fotografías, me acuerdo. La gente prefiere dejarlas atrás en lugar de dejar que se mojen.

Azad finalmente ata dos bidones de plástico con una cuerda y yo paso mis brazos sobre la cuerda, así, para que la parte superior de mi cuerpo quede por encima del agua y pueda remar con mis brazos. Me

ata una bolsa de plástico negra a la cintura, en la que, además de mis cosas, hay otra botella de plástico vacía, para mantener la bolsa por encima del agua también. Se me ocurre: ni siquiera sé el nombre del río en el que desapareceré. Si por casualidad sobrevivo, me desharé de este Azad, adiós, amigo, es por ti que estoy en este lío.

Azad va primero, se queda en la mitad del río, se vuelve hacia mí y me muestra: el agua le llega hasta la cintura. De repente se da la vuelta y se sumerge, se deja flotar río abajo hacia la izquierda. Lo único que queda en la superficie son los bidones. Veo un coche con una luz giratoria en el techo al otro lado del río y me quedo de piedra. Me observa un hombre con gafas oscuras: estoy atado a una bolsa de plástico negra y llevo un collar decorativo de bidones. Soy el único refugiado que todavía está en la mitad del río. Respiro profundamente y me sumerjo. Trago agua, me muero de terror, pero los bidones me ayudan a cruzar. Tan pronto como toques la otra orilla, se supone que debes alejarte de las torres. No hay tiempo para parar hasta encontrar un buen escondite. Me libero de los bidones y agarro mi bolso. Azad me espera agazapado cincuenta metros más adelante entre los matorrales, de vez en cuando me enderezo para verlo, y luego me vuelvo a agachar. Lo único que oigo son los ruidos sordos de los pies, el susurro de las bolsas de plástico y la pesada respiración. La gente va perdiendo cosas, pero nadie se agacha para recuperarlas. No pienso parar mientras Azad esté corriendo. Por el rabillo del ojo veo una pelea en una zanja. Un hombre golpea a alguien en la cabeza, otro sujeta la cabeza por el pelo y la presiona hacia abajo. El cuerpo pegado a la cabeza ya está colgando, inerte. Tenemos que salirnos de la carretera varias veces por la policía, pero en la ciudad no hay problemas. Hay chinos, africanos y muchos árabes. Hay gente local que nos saluda y nos ofrece cosas en venta. Agua, mantas, chaqueta o pantalón, los panaderos traen pan fresco en furgonetas, a dos euros o tres dólares la barra. Antes de que amanezca, unos hombres desarmados y vestidos con uniformes amarillos nos llevan en una furgoneta a un almacén, cerca de un aeropuerto agrícola. Otra vez cientos de personas, y las odio.

Le pregunto cuál era su plan y cuánto dinero llevaban. Porque una vez dice que se habían quedado sin dinero, y de repente, nuevamente, tenían efectivo. Él responde que él mismo no estaba seguro. Había encontrado algo en su mochila. Azad trajo algo en Estambul. Está callado, se enciende un cigarrillo. Dijo que le dijo a Azad que dejarían de ser amigos si Azad volvía a robar, incluso si eso significaba pasar hambre.

El campamento era un almacén, una cancha de tenis y algunas tiendas de campaña. La gente dormía en el almacén, comía y recibía atención médica en las tiendas de campaña. Este era el peor lugar que había visto hasta entonces. Al menos doscientas personas dormían en una sala. Una vez al día pasaba la gente local con comida, y la policía, y sólo entonces se veía cuán poca humanidad quedaba en los que dormíamos allí. Cada día hay al menos diez situaciones feas. En la fila para la comida. Por el agua. Por las mantas grasientas y un montón de cositas innecesarias guardadas junto a la litera se reconoce quién lleva más tiempo aquí. No los miré fijamente, tenía miedo de que me contagiaran. Anhelaba detenerme, pero no fue allí. Por la noche fue lo peor, no había supervisión.

Cuando llegamos, estaba terminando una guerra entre dos bandas africanas. El grupo más pequeño, pero mejor armado fue derrotado por el más grande. Ahora los últimos les quitaron las armas a los primeros, los robaron y los violaron. Los más fuertes y los más grandes tenían los mejores lugares y suficiente espacio junto con sus amigos. El resto de nosotros estábamos apiñados en los costados.

Azad y yo nos apretujamos en una habitación lateral con tres familias paquistaníes. Estábamos tan hacinados allí que era posible moverse sólo gracias a la buena voluntad de los demás.

Para que tú movieras el pie, alguien más tenía que mover la cabeza. Vi el aire del que hablaba aquel viejo en el autobús. Se convierte en partículas y se infiltra en ti. Por la noche intentábamos no oír lo que pasaba en la sala grande. Música, risas, gritos. Los niños en nuestra habitación preguntaron qué estaba pasando, sus padres los hicieron callar. Me acordé de Bervan y Dara y eso me hizo sentir aún peor.

Un africano te pedía 20 euros para que llamaras de su móvil donde quisieras. Recuerdo que al instante pensé que podía emboscarlo en algún lugar fuera de la sala, pegarle en la cabeza y arrebatarse el teléfono.

Cada dos mañanas se repartían grandes bolsas de comida enlatada, paquetes enteros de zapatos y ropa. Era extraño ponerse algo limpio, que todavía no había bebido el sudor de mi cuerpo. Alguien dijo que los cristianos lavan sus pecados así. Otro dijo que esas mismas personas nos pusieron a propósito carne podrida o khinzir, cerdo, en la comida. Los negros fueron los primeros en la fila, colándose y pidiendo más. Todos los días pensé que debería decirles algo. Pero éste era un lugar donde alguien podía matarte sin pestañear. Y Azad manejó todo esto de manera brillante. Era imparable, me costaba seguirlo con la mirada. Se rio con algunas personas que habían empezado a recortar el pelo de los niños. Ayudó a una persona a cortar un colchón en dos, luego le susurró algo a un policía y luego desapareció durante una hora. Después lo vi hablando con la gente que trae ropa y comida enlatada. Les ayudó a mover cajas. Sacó un encendedor y cigarrillos de la furgoneta, no sé si había pedido permiso. Tarde o temprano iba a tener un encontronazo con uno de los negros grandes, alguien le daría un puñetazo en la cara y tendría que salvarlo de nuevo. Le hice señas para que viniera y se sentara, para que se calmara, pero se ponía cada vez más loco. Como si no viera dónde estaba. Como si hubiera olvidado lo que hice por él. Por un momento me encontré deseando que le dieran una paliza, sólo para poder decirle: ¡te lo he dicho!

Por la noche volvió a la cama, trajo chocolate y zumo y trató de contarme algo. Y lo único en lo que podía pensar era en el lugar más doloroso dónde pegarle.

- Te atraparán. Estás jugando juegos peligrosos- dije finalmente.

-¿De qué va esto ahora?"

- No creas que no te veo. No creas que los demás no te vean. Yo no pienso salvarte más.

Él sonrió con sorna y puso los ojos en blanco.

-¡No estabas sonriendo cuando te salvé la vida! - agarré su mano.

- Sí, me salvaste. Y estoy haciendo lo que puedo para aprovechar al máximo lo que salvaste. Por ambos.

-No te hagas más inteligente de lo que eres. Nos meterás en más líos.

Me lanzó una mirada profunda y penetrante y dijo:

-Eso no es lo que te asusta, Nuzat.

-¿Qué es de lo que tengo miedo?

-Tienes miedo de que me vaya sin ti. De terminar solo.

-Al principio pensé que no hablabas muy bien árabe, pero ahora veo que eres tonto.

-Me dijiste que te estabas salvando a ti mismo cuando me salvaste a mí. Porque quieres estar limpio ante Dios. Si es así, déjame hacer lo que hago. Por los dos.

Quería causarle dolor, ya que todo aquel mundo cruel aún no lo había puesto en su lugar.

-Vas en dirección equivocada, aquí es donde tú y yo nos separamos. Mucha suerte- le dije.

A la mañana siguiente vino a hacer las paces. Quería alegrarme y me trajo comida y bebida. Bromeando, dijo que algún día yo le iba a pedir disculpas por ser como soy. Hat shouf, hat shouf, ya verás. Me dijo que estaba creando alianzas de las que ambos nos beneficiaríamos. Relájate, dijo. Esos no son tus amigos, le dije, son tiburones.

Al día siguiente volvió a irse y en la fila para la cena me peleé con dos hombres de Libia y la mujer de uno de ellos. No preguntes, no tengo idea de cómo. Lo único que sé es que me golpearon en la cabeza. Salí de la fila y me encontré con Azad en la puerta. Desde lejos dijo:

-¡Tengo una gran noticia!”.

-No me interesa, tengo que salir de aquí. No puedo soportar esto ni un día más. Tú sigue adelante por tu cuenta.

Puso los ojos en blanco y me dijo que yo estaba nervioso otra vez y que nos veríamos más tarde. Eso fue suficiente para mí:

-¡Algunas personas me iban a dar una paliza! ¿Dónde estabas, cabrón? ¿Dónde estás cuando te necesito?

- He venido a decirte que nos vamos de aquí y que nunca volveremos. Nos vamos a ganar dinero para seguir adelante.

-¿Dónde estabas cuando casi me matan?”

-Nuzat, nunca más nos separamos. Empaca tus cosas, vendrán a recogerlos por la mañana”.

Estaba tan flaco que tuve que atarme los pantalones con un trozo de cuerda, y eso que ya eran pantalones para un hombre muy delgado. ¿Qué puedo hacer yo en este estado?, me pregunté. Azad me arrojó un teléfono móvil y me dijo que podía llamar a casa, pero que no debía sacarlo del bolsillo hasta abandonar el campamento.

Íbamos al norte, a Kalabaka, trabajaríamos allí en una plantación de fresas y eso era todo lo que sabíamos. Yo era el único además del conductor que estaba despierto, me quedé mirando el móvil y no me atrevía a encenderlo. Lo estaba posponiendo. Ya no tenía ganas de llamar a casa.

8. M / Hamer

Me tranquilizaba imaginándome cómo exponía todos los secretos sucios de Sabolščak, pero ¿para qué? Mis palabras no podrían herir a nadie, estaba claro. Pero mi presencia entre ellos fue un insulto, uno de esos que no se pueden evitar. Cuando eres uno de ellos, eres un reflejo del todo. Y existe el temor de que el reflejo no les muestre lo que quieren ver, de que no tengan idea de lo retorcidos que están.

No estoy segura de cuánto hubiéramos podido seguir los dos. Fingimos que todo era igual, pero de nuestras palabras quedó claro lo doloroso que era esto, estaba claro que los dos estábamos buscando una salida de la conversación antes de decir algo hiriente.

Quizás una semana más, o un poco más... y entonces habríamos empezado a repetirnos nuestras historias tristes. Él, de que esto se estaba poniendo cada vez más difícil, y yo, de que a pesar de todo podíamos lograrlo. Y en secreto esperábamos que el otro ya se hubiera rendido. En realidad, pensaba que algún día no aparecería. Cuando dijo que se ausentaría unos días porque se casaba un amigo que acababa de salir de la cárcel, pensé: ya está.

Ya empezaba a sentir el vacío que viene después del final, los intentos de llenarlo. Quizás alguien que no sea Sandi se comunique conmigo a través de Facebook. Los hombres de Međimurje suelen lanzarse de cabeza, la mayoría prefiere un estilo de expresión estándar para dar una impresión culta. Eres una mujer bella. ¿Estás disponible para una cita? Me gustaría que tomáramos una copa. Vamos a tomar una copa.

Pero después de todo regresó, hay toneladas de coraje en ese niño. Regodeaba en lo sorprendida que estaba. Me preguntó:

- Si supieras que me verías hoy por última vez y que nunca volvería, ¿qué me dirías?

No dije nada. Aspiré un humo.

- Seguiré regresando, hasta que tengas una respuesta.

Pero esos momentos de locura ya sucedían con menos frecuencia. La situación nos llenó de miedo y dejó poco espacio para mucho más. Después de eso, el silencio entró de puntillas. Después de eso llegó el final.

Sandi hizo lo que había venido a hacer: lo veía fumando y mirando la calle antes de que llamara a la puerta, y todos los días llamaba y yo le abría y le decía que no necesitaba llamar. Se duchaba, guardaba las cosas que le sobraban en una bolsa de plástico que cerraba con un nudo y la dejaba junto a la puerta de entrada. Cenamos en la cocina, con la misma lista de reproducción de música. Miramos televisión, teníamos sexo, con cuidado y sin palabras, hasta que la ira se apoderaba de él. Luego me tomaba con fuerza, quería que lo recordara como fuerte, no abatido. Esto se estaba volviendo límite y comenzaba a tenerle miedo. Se estaba convirtiendo en un fantasma que buscaba la paz en vano. Y te le entregabas todas las noches para que pudiera volver a intentarlo, aunque en vano. Fanika hija me dijo por teléfono cuánto lo sentía. Le estaba agradecida por eso. Seguimos interrumpiéndonos y luego nos dijimos la una a la otra que siga adelante. Le dije que no iré al salón de belleza hasta dentro de unos días. Ella no me dijo nada. Ahora ella parecía la agradecida. Al final de la conversación ella siseó:

- "No entiendo por qué tienes que hacer esto, ¿por qué...?"

- ¿Por qué, qué? ¡Espétalo! – le grité, pero ella no terminó la frase. La amistad entre las mujeres es la cosa más linda entre todas las demás cosas inexistentes.

No sabía qué vendría primero: mi hermano insistiendo en que Sandi y yo rompiéramos de una vez por todas, alguien que le interceptara a Sandi por la noche, o que un día él simplemente se mantuviera alejado. Sabía que yo no iría a Dol a buscarlo, él lo sabía. De repente, todos los futuros se cernieron sobre nosotros, tambaleándose y chocando unos con otros. A decir la verdad, no me sorprendió tanto cuando una noche lluviosa, alrededor de medianoche, Marijan Hamer llamó a la puerta.

Sabía que no era Papi y rogué a Dios que no fuera alguien borracho y armado. Abrí y vi la parte inferior de su rostro. Era la primera vez que estaba tan cerca de él, y tal vez por eso di un paso atrás, como si le permitiera entrar en contra de mi voluntad. Vi que no era tan grande como siempre me había parecido. Rechoncho, ancho, una gran masa llevando una chaqueta con capucha. Las perneras de su pantalón de chandal estaban mojadas casi hasta las rodillas y el hedor a humedad de sus zapatillas de tenis llegaba hasta mi nariz. Tenía las manos metidas en los bolsillos y deseaba que nunca las sacara. Eran las 1:30 de la madrugada, estaba muy oscuro y no podía ver si estaba solo. La palabra quedó atrapada en mi garganta. Me quedé allí, a medio respirar.

- ¿Está Sandi aquí? Lo necesito para algo. - No saludó, no usó mi nombre.

- Está arriba. A punto de volver a casa.

- ¿Lo llamas por un minuto?

- Ya se irá a su casa, vale. ¿Qué te ha hecho?

- Llámalo nomás, Milena. Nada que temer. Haz lo que te digo.

Soy una cobarde. El mundo nunca ha visto una mujer tan cagona. Subí, tomé mi móvil para poder llamar a la policía. Sandi estaba tumbado en el sofá. Escenas azules y grises de la pantalla del televisor se reflejaban en su rostro. Fingía seguir lo que aparecía en la pantalla, como si a estas horas intempestivas nadie hubiera llamado a la puerta y como si no acabara de terminar todo lo que teníamos entre nosotros. Quería sólo cinco segundos más de ese algo. En mi interior rezaba para que Hamer fuera decente, que le dejara algo de dignidad al niño, que no limpiara el suelo con él, que solo le dijera que no viniera más y que se fuera. Él y yo no podíamos luchar contra eso, es una guerra que no podíamos ganar.

Sandi finalmente suspiró, se levantó, se puso la camiseta, se pasó los dedos por el pelo, me rodeó y bajó. Cerré los ojos y me quedé allí, congelada, agradecida de que no me tocara al pasar. Me preparé para escuchar un golpe, tal vez dos gritos fuertes, luego otro golpe, luego amenazas hacia él y hacia mí.

Todo lo que oí fueron murmullos, más quejas de Hamer, algunas palabras de Sandi, quejas de Hamer otra vez. Y la puerta se cerró. Miré por la ventana hacia la oscuridad. En cada gota de agua en el cristal de la ventana se reflejaba la misma imagen de ellos alejándose. En cada gota, Hamer caminaba dos pasos delante de Sandi, Sandi lo seguía, giraron a la izquierda y doblaron la esquina. Me senté en el suelo, crucé las piernas y miré aturdida a su bolso con el nudo.

No llamé a la policía. Además, ¿qué hubiera dicho? Nadie obligó a nadie a hacer nada, no hubo amenazas.

No podía estar segura de cuánto tiempo pasó, parecía casi el amanecer cuando alguien llamó y entró. Yo estaba sentada en la misma posición, mirando al suelo. Sandi pasó detrás de mi espalda sin decir una palabra.

9. N / Era un kafir

Nos dijeron que el lugar al que íbamos se llamaba Kalabaka y que recogeríamos fresas. Prometieron alimentarnos tres veces al día. Veintidós euros al día, nada mal. Y nos conectarían con un hombre llamado Arvanitos que ayudaba a las personas a continuar el viaje. Todo el camino estuve sosteniendo el móvil, encendiéndolo y luego renunciando. Las pilas pronto se iban a agotar y entonces se acabó. Finalmente marqué un número de teléfono, pero el del profesor. Atendió después del primer sonido, sin aliento, había un ruido fuerte de fondo, como en un televisor sin ningún programa encendido. Reconoció mi voz de inmediato. Le pregunté cómo estaba. Y me preguntó por qué me fui sin consultarlo primero. No había tiempo, dije. Llamé al profesor porque podía manejar su miedo y no podría reconocer sus mentiras. Pero él me lo contó todo. Y él sabía más que Dilara, ella es una mujer, no ve mucho del mundo fuera de casa. Al principio parecía enfadado por cosas que no importaban. Recortaron los salarios de los profesores, dijeron que ahora tenían otras preocupaciones más relevantes que la universidad. Las clases habían sido canceladas hasta el próximo aviso, dijo el profesor, y luego se quedó en silencio por un tiempo.

- Están sembrando miedo entre todos los que no están de su lado. Los chiítas han huido y masacrarán a todos los yazidíes. Pobre gente, no tiene adónde irse. De ellos se dice que veneran al diablo. Se comportan mejor con los cristianos si pagan sus impuestos. Sus casas están marcadas con una N, de Nasarweh.

Nasarweh significa cristiano.

¿Recuerdas cómo eran las cosas antes, Nuzat? ¿Cuando nadie sabía quién era chií o sunita? ¿Cuándo fuiste a la mezquita para estar con la gente y con Alá? Ahora vamos a escuchar cómo debemos comportarnos si queremos vivir. Declararon una fetua para que los niños con deformaciones y síndrome de Down puedan tener una muerte fácil. Alá lo desea así. Imagínate a los imbéciles. Y no se puede saber quién es peor. Los locales o los que se están mudando ahora a las casas de los que han huido. Los uigures de China, muchos combatientes de Bosnia, de Marruecos. Filman con teléfonos móviles sobre cómo matan y aplastan, gritan a la cámara que Dios es grande. Uno de ellos se hizo filmar mientras comía un hígado. Observan a la gente decente para ver si fuman o se afeitan. Son unos inútiles y ladrones, delincuentes, alcohólicos. Si miras mal a alguien, te condenan a muerte y tu familia tiene que pagar por recuperar tu cadáver. Detienen a jóvenes que visten pantalones cortos. Y en la ciudad hace calor, todo el mundo anda en bicicleta y hace semanas que no hay combustible. Pero al menos Asiacell empezó a funcionar. ¿Llamas a casa con frecuencia? ¿Cómo están los chicos?

Quería tratarlo mal. Hablaba como si se hubiera rendido. Le pregunté cuidadosamente si Mosul estaba resignado.

- Sabes qué clase de ciudad es esta.
- No, ya no.
- Hay un movimiento de resistencia. Son pocos, pero son unos idiotas. Secuestran, provocan incendios. Ayer mataron a tres yihadistas y luego huyeron. Y así cada dos por tres.
- No parece feliz por eso- le digo.
- ¿Por qué estar feliz? Cuando se vaya Daesh, estos serán los que tendrán derecho a gobernar.

- Pero al menos están haciendo algo - digo, y lo oigo suspirar. La conversación está cerca de terminar.
- Sabes qué clase de ciudad es ésta. No hay consenso. Si lo hubiera, Daesh no habría tenido ninguna posibilidad. Mosul no sabe decidir de quién quiere que lo salve. ¿Los peshmergas? No hay posibilidad, son mierda kurda. Eso sólo significaría otra invasión. ¿Los turcos? ¿Irán? De ninguna manera. ¿Los norteamericanos? Por favor, todo menos esos salvajes. ¿El ejército? Estuvieron aquí y luego se dispersaron. La mayor parte de Mosul está en contra de los yihadistas. Pero nadie puede ponerse de acuerdo sobre quién debería salvarnos.
- Estoy preocupado por mi familia, profesor. ¿Qué debería hacer mi esposa? - pregunto.
- No sé. Que se vayan de la ciudad. No hay nada que hacer. Quizás con el tiempo esta gente caiga por su propio peso. He oído que los locales se están peleando con los extranjeros. Probablemente porque están ganando más dinero. No sé. Lo mejor es esperar.

El teléfono móvil pronto se apagó y suspiré aliviado.

Llegamos antes del amanecer y reinaba una paz total. El sol aún no había salido y la tierra parecía un vasto campo de luz verde y roja. En medio del campo había cinco barracas y una casa de ladrillo. No sabía a qué distancia estábamos de un pueblo, lo único que veía era el mar a lo lejos.

Después de esa plantación, ya sabes, nada volvería a ser igual. Es posible que los dos nos hayamos maldecido para siempre allí. No era un lugar tan malo. Las cosas estaban animadas, desde la mañana hasta la noche, y reinaba la buena voluntad. Dos veces hubo peleas en la fila de comida, y una vez alguien apuñaló a otra persona con un cuchillo pequeño mientras dormía. Y eso fue todo. No fue el lugar el que nos hizo malos, era al revés. Recogimos el germen del mal en otra parte y lo trajimos con nosotros. La plantación estaba a cargo de un hombre de unos treinta años, y con él estaban su hermano menor, sus esposas y su abuelo. Había otros cinco griegos aquí, eran los capataces y eran malos. Todo el mundo les temía y la gente se lo pensaba dos veces antes de iniciar una pelea. Azad, dos hombres de Marruecos y yo trabajamos en la carga, y por la mañana con el abuelo en la cocina. Nos levantamos temprano, preparamos el desayuno y limpiamos.

Traían la cena del pueblo en calderas y el pan en grandes cestas. Comíamos antes que los demás, los recolectores llegaban del campo sobre las siete. Las tardes eran cansadas y agradables. Algunos tocaban música, otros pateaban una pelota, pero la mayoría de nosotros nos sentábamos frente a las barracas y fumábamos. Azad hizo una gran cantidad de amigos esa primera semana y, a menudo, desaparecía. A menudo lo esperaba. Pero en la granja me era más fácil soportarlo que en el campamento.

Con el abuelo nos llevábamos bien, no dejaba que los capataces nos persiguieran. Nos dijo que lo llamáramos Papous. Un marroquí y yo a veces solíamos quedarnos después del desayuno para hablar con él, no tengo idea de cómo nos las arreglábamos, ya que no conocíamos el idioma del otro. Con mi cuerpo le dije cómo son mis hijos. Bervan estaba fascinado por las cosas de las que se podía beber agua y era más feliz bebiendo de cajas de plástico, cáscaras de sandía o cualquier otra cosa que no fuera un vaso. Cada dos semanas tenía diarrea. Le mostré cómo se peleaban y luego cómo levantaba a Dara y me lo llevaba y él me lamía el hombro. Eso pude decirle sin usar palabras.

Pero mientras yo poco a poco iba recuperando fuerzas en la plantación, Azad seguía llevando dentro de sí la inquietud que le decía que estaría acabado si dejaba de moverse y que debía seguir adelante. Para la segunda semana, se dio cuenta de que cargar no era un trabajo duro y que los cuatro estábamos descansando mucho. No tenía ganas de holgazanear con nosotros a la sombra. Sugirió que yo también

podría trabajar algunas de sus horas, sólo unas pocas, las suficientes para que él pudiera ocuparse de algo y hacer que eso me valiera la pena. No estuvo cenando ese día, pero vino más tarde y me puso dinero en efectivo en la mano. Esto sucedió varias veces, hasta que Papous vino a vernos dónde estábamos cargando y notó que Azad no estaba. Mentí diciéndole que no se sentía bien, que había estado vomitando toda la noche, pero Papous no quiso ni oír hablar de ello. Encontraron a Azad en una de las barracas, el capataz lo sacó y eso podría haber sido el final. Pero Papous le dijo a su hijo que debían poner a Azad con los recolectores de bayas porque estaba robando. Yo no estuve allí así que no sé exactamente qué pasó. Probablemente Azad se enfrentó a Papous y recibió una brutal paliza por el jefe. Parecía como si le hubiera picado una abeja gigante. Antes de recuperarme del shock me dijo:

- Hablemos con Papous, él tiene debilidad por ti. Dile que me deje volver a cargar. Seré más cuidadoso.
- No lo serás. Se lo diré, pero tendrás que trabajar con nosotros.

Sabía que Papous se levantaba más temprano que el resto de nosotros que estábamos en el equipo del desayuno, así que desperté a Azad y lo llevé al edificio principal donde el anciano tenía su apartamento.

Es difícil recordar quién dijo qué. Sé que al principio lo pregunté amablemente, pero Papous, todavía aturdido por el sueño, golpeó a Azad en la cabeza. Le dio una palmada en la nuca como si Azad fuera un niño. Me paré entre ellos y junté las manos frente a Papous, medio arrodillado. Le dio un puñetazo a Azad una vez más justo encima de mi cabeza y gritó, haciéndole un gesto a Azad para que saliera al campo. Estaba a punto de golpearlo de nuevo, pero lo agarré primero por una mano. Luego por la otra. Papous estaba furioso y cuanto más se agitaba, más pensaba en mi casa en Mosul y en quién podría estar golpeando la puerta principal, pero no ofrecí resistencia y dejé que me golpeará. Viejo loco. Finalmente pensé en Bervan, quién sabe, tal vez me lo imagino sosteniendo a Dilara, muerta, y le golpeé al viejo en el cuello. No fue un golpe de verdad, puse mi puño debajo de su barbilla y empujé hacia atrás un poco más fuerte. Papous se sentó en el suelo y murmuró. Él se levantaría y me perseguiría. Me di vuelta, respiré profundamente porque no sabía por qué había hecho lo que hice. Así sucedió, más o menos. No lo recuerdo exactamente.

Pero sí recuerdo claramente que me llevó un minuto para darme cuenta de que Azad estaba matando al anciano. Lo derribó, se montó sobre su pecho y lo golpeó en la cabeza. Entonces entró el marroquí. Observó horrorizado, se agachó horrorizado, se tapó los ojos y luego los oídos porque se dio cuenta de que los oídos no tienen párpados del mismo modo que los ojos tienen párpados y no pueden cerrarse por sí solos. Éramos él, Azad, el abuelo y yo. Me quedé allí y observé, congelado, cómo Azad lo golpeaba tan fuerte como podía. Lentamente, porque el viejo no se defendía, y al principio, en cambio, con una voz increíblemente tranquila, seguía diciendo una y otra vez: parakalo, parakalo. Como: espera, por qué estás tan enojado, podemos resolver esto. Cada golpe era más fuerte, siempre con el mismo movimiento recíproco de la cabeza del anciano, que parecía capaz de levantarse si los golpes cesaban. No quería morir. Azad sacó un cuchillo. Yo estaba a un metro de ellos, me temblaban las piernas, me quedé allí y no hice nada. Y si hubiera podido moverme, habría ayudado a Azad, no al anciano, todo lo que el anciano tenía que hacer era morir, pero no lo hizo.

Estoy pensando en que debería decirle que no hablara de esto.

Le golpeó una vez más con fuerza en la cabeza. Un ojo se apartó, se llenó de sangre y cayó a un lado, mientras el otro, alerta, miraba fijamente a su asesino. Y después de eso al cuello. Los dedos de una mano se apretaron en un espasmo y se soltaron. Papous había sido un bebé hacía mucho, mucho tiempo, eso lo podía ver claramente.

Le clavó el cuchillo en el vientre y el cuerpo del anciano se puso rígido. Gimió, gimió profundamente como si se alejara de una enorme carga, quería expulsar el cuerpo extraño que se le había hundido demasiado profundamente. No podía ver nada y quería al menos escuchar su voz viva. Se golpeó la cabeza varias veces contra el suelo como para salir de su miseria. Y luego se quedó quieto.

No pensaba con claridad, seguí limpiando toda la sangre. Totalmente en vano.

Le dije al marroquí que retrocediera, la sangre ya llegaba a sus pies. Azad seguía golpeando el cuerpo de Papous, mutilándolo brutalmente, murmurando sobre llaves y un coche.

-Tenemos que irnos-, dije.

A los pocos minutos salimos por la puerta junto con el marroquí. Dejamos todas nuestras pertenencias en la plantación.

Corrimos por un terreno bajo y abierto, no había un lugar dónde escondernos.

-¿Por qué tuviste que matarlo? -preguntó el marroquí. Estaba al borde de la locura, todo su mundo se le había puesto patas arriba, incluso más que el nuestro. Azad se volvió hacia él: mírame a la cara, mira lo que me hicieron. Y como ni el marroquí ni yo cambiamos de expresión, dijo:

-Era un kafir.

Un infiel.

-Esa es la cosa más tonta que he escuchado en mi vida. ¿Por qué tuviste que matarlo? - le grité.

- Un infiel. Además, te salvé la vida. Ahora estamos a mano.

- No me salvaste la vida. El viejo no me podría haber hecho nada.

- Yo no lo veo así. Te salvé el pellejo.

- Bien, me salvaste, ahora aléjate de mí, imbécil.

Caminamos, él y yo y el marroquí, yo camino, yo y mi Lamassu, él a mi alrededor, siento una membrana, cómo se seca en el aire, al amanecer, en esa distancia. Todo remordimiento y culpa quedan fuera de ella. Cada miedo, por mi casa, por Azad, por mí mismo, ya no me alcanza, no son más que una nueva marca en el relieve. Veo a Dilara violada, los chicos mudos, me acompañan hasta el momento de parar. Estamos vivos, la membrana nos rodea, sólida y firme como una roca.

No puedo entender por qué ha admitido esto. Dice claramente que no hizo nada para detenerlo. Quiero advertirle que no debe admitir nada sin un abogado presente, entonces recuerdo que no es cosa mía.

Sólo le pregunto si se siente mejor después de confesar.

No sé si me siento mejor.

Se queda un rato en silencio, pide agua. Miro el reloj, pronto tendré que llamar al investigador.

El lugar al que corrí se volvió... bueno, muy parecido a este lugar.

En algún lugar donde respondo por lo que hice.

La tarde de ese mismo día encontramos refugio en el vestíbulo de una iglesia. Cogí el móvil de Azad y, recuerdo, llamé a casa sin dudar. No logré comunicarme. También llamé al profesor, pero las líneas estaban cortadas. Finalmente logré localizar a Selim, el hermano de Dilara. Estaban en las afueras de Mosul, en Duhok, un lugar seguro, Dilara y los niños estaban con ellos.

Le temblaba la voz, decía que lo había dejado todo, que ni siquiera podía sacar nuestro dinero del banco, hablaba de las personas que ahora ocuparían nuestra casa. ¿Y quién los desalojaría después? No la interrumpí porque no tenía nada que decirle. Ella y yo ya no compartíamos la misma vida. Ella no sabía nada de mi viaje, ni yo del suyo. No entendía qué iba a hacer yo ahora, ni de Kalabaka y las fresas. Dara había aprendido a atarse los zapatos. Me puse a llorar porque no podía imaginarme esto, me daba vergüenza llorar delante del marroquí.

11. M / Lo que nos arrastra hacia abajo

Al día siguiente, Sandi sólo apareció a la hora del almuerzo. Después se sentó, se encendió un cigarrillo tras otro y miraba fijamente a la carretera mientras Papi hablaba una y otra vez sobre Corea del Norte. Cuando finalmente la camioneta de Hamer se detuvo delante de la casa, Sandi salió corriendo como si estuviera loco.

Ese día, sin más, todo se puso patas arriba para nosotros. Es increíble cómo los acontecimientos ordinarios cambian vidas. Lo único que sé es que estuvieron trabajando en algo durante una hora en la casa de fin de semana de Mladen, y luego se sentaron a tomar vino con soda cerca la tienda. Los dos. Se sentaron a tomar una copa de vino. Sandi y Hamer. Al parecer, incluso Padolek se sumó brevemente, ya conoces al señor.

No tengo ni idea si eran amigos o no, pero seguramente se conocían. Y además en el pueblo es normal que te unas a la mesa de alguien y tomes una copa. Más natural que sentarse solo. Quizás durante media hora, quizás menos, Sandi probablemente no dijo una palabra, pero las consecuencias fueron enormes. Fanika me llamó inmediatamente esa misma tarde para preguntarme si podía ir a trabajar al salón el fin de semana porque tenía dos novias. Las mujeres de la tienda de repente se mostraron amables, una mencionó que las salchichas envasadas al vacío eran mejores y casi todos los que pasaban por la casa al menos saludaron a Sandi asintiendo con la cabeza. La esposa de Hamer no lo hizo, pero a quién le importa. Al día siguiente vino mi hermano y elogió estúpidamente cómo Sandi había hecho esto o aquello. Apenas pude sacarlo de la casa. Al salir me dijo:

- Marijan y Sandi están trabajando juntos.

No sabía qué decirle

-¿Y qué?

- Nada.

No podía entender cómo era físicamente posible que la información se difundiera tan rápido. Esto no fue casualidad, sabía que Hamer era un maestro en manipular a la gente. Pero me desconcertó por qué tomó a Sandi bajo su protección. Unos días más tarde volvió a buscar a Sandi, esta vez por la noche, fueron a ayudar a un transportista de Črečan. Luego, cada dos o tres días, principalmente por la noche. A veces Hamer lo traía de vuelta, no sé, a las tres de la madrugada. No preguntaba nada, intenta entenderlo. Esto podía ser bueno para todos nosotros, para la situación, entonces la gente se calmaría, también podía ser bueno para la gente de Dol, para que vieran qué pasa si se hace un pequeño esfuerzo...

Por supuesto, todo tiene su precio. No pudimos planear nada.

A veces Hamer le avisaba sólo con quince minutos de antelación. Y Sandi saltaba, se cambiaba de ropa y salía corriendo, con un panqueque a medio comer colgando de su boca, el relleno de mermelada goteando sobre el asfalto, y yo me quedaba con las sobras de la cena en la mesa. Hubo momentos en que esto me molestó, pero mira, no estaba loca por causar problemas después de todo lo que habíamos pasado.

La mayor parte del tiempo no sabía dónde estaba ni cuándo volvería, pero confiaba en él. Le decía, bromeando:

- Gitano, te corto el cuello si me entero de que estás con otra mujer, ¿me oyes?

- Entonces tendré una larga vida- respondía y me agarraba.

Le pregunté quizás dos veces qué hacían y adónde iban. Las respuestas fueron... demasiado rápidas y detalladas, ahora lo sé. Hamer tenía un amigo en Palinovec que necesitaba empacar todas las cosas durante la noche porque saldrían a la venta por la mañana y ninguno de sus trabajadores estaba dispuesto a hacerlo. Querían que les pagara para las horas extra y un día libre, y eso era pedir demasiado. Desde la guerra, Hamer padecía trastornos del sueño y se rumoreaba que trabajaba por las noches y le pagaban bien por ello. Entonces, ¿para qué iba a seguir cuestionándolo?

Regularmente volvía con las zapatillas embarradas, con manchas de aceite de motor porque habían reparado la camioneta Trgocentar, que salía al campo temprano en la mañana. Ese tipo de cosas. ¿Qué clase de mirada es esta?

Me importa un carajo qué te parece esto. ¡La gente siempre es tan inteligente después de los hechos! Sé cómo se ve todo esto en el presente, lo acepto. Pero tienes que tomar en cuenta de que de todos modos estaba viviendo una historia realmente increíble. Sí, también pensaba que estaban tramando algo... La gente decía que Hamer siempre estaba en algo turbio. Moneda extranjera, contrabando, por decir algo... de alguien que es poderoso. Sí, pensé en eso, especialmente porque Sandi de repente tenía bastante dinero. Pero pensaba: cállate y disfruta. Además, tienes que saber que en Sabolščak la gente no hablaba mucho de lo que hacían. Una combinación extraña. El trabajo ideal para alguien de Sabolščak era algo que sucedía lejos de la calle. Entonces nadie podía ver lo fácil que era. O duro. Que nadie supiera cuánto dinero ganabas, así no te convertías en meta de celos ni de todos los que necesitaban un préstamo. Era

preferible recibir dinero de gente que no fuera del pueblo, porque la gente de Sabolščak prefería trabajar gratis unos para otros. No habían encontrado una manera de cobrarle a un vecino y seguir siendo una persona íntegra, así que preferían tener rencores. El hecho de que Sandi no quisiera hablar era más o menos coherente con la costumbre local, nada extraño. Al cabo de dos semanas nos habíamos relajado tanto que Sandi empezó a ir él mismo a la tienda y a quedarse allí durante media hora, porque se quedaba charlando con alguien en la calle.

Para los vengadores probablemente se convirtió en un sustituto de la venganza.

A los ojos de los excavadores empezó a parecer alguien que testificaría por ellos en silencio.

Los miserables lo veían como un pariente.

Para los cínicos, nosotros dos éramos objeto de burla y masturbación, pero ese tipo de cosas no son un problema para cualquiera que desee vivir. Todo lo contrario. Ahora los recordatorios de que era gitano empezaron a llegar desde fuera de Sabolščak. Iba a Martinščak a comprar pizza y volvía con las manos vacías: sin pizza, sin explicación. Pero los de Sabolščak ya no decían ni una sola mala palabra. Si esto hubiera durado un poco más, tal vez todo entre Dol y Sabolščak habría podido volver a ser como antes. Tenía la sensación de que eso era lo que la gente quería. La ira es contagiosa, pero desgasta a la persona. Por eso todos vieron a Sandi mucho mejor de lo que era y decían que la gente de Dol se había calmado porque Sandi se lo había dicho. Sinceramente, no sé si esto tuvo algo que ver con ello. Cada vez pasaba menos tiempo en Dol. Y... él era más crítico con su pueblo que yo con el mío. Hablaba de Dol con aire de resignación. Son egoístas, groseros, no se puede hablar con ellos. Si no estás con ellos, eres el enemigo.

Pero mira, en aquel momento no le hubiera dicho al coro de axilas: Estáis equivocados, no es Sandi quien apaciguó a la gente de Dol. De la mujer que lo daría todo sólo para descubrir los pequeños y sucios secretos detrás de las brillantes fachadas de Sabolščak, pasé a ser una mujer dispuesta a morderse la lengua y unirme al coro del silencio, como una oración.

No, Sandi ya no se ocupaba de las cosas de la casa, sino que empezó a organizarlas. Empezó a llamar a técnicos, pagó de su bolsillo la reparación de los canalones. Mi hermano le dijo que le reembolsaría cuando se vendiera la casa, pero Sandi dijo: olvídalo, un detalle. Después de eso, mi hermano se volvió asquerosamente decente y benevolente con él. Hacía bromas estúpidas y luego seguía explicándolas y Sandi se reía forzosamente a carcajadas. Después, Papi, sarcásticamente imitaba a mi hermano, por la forma en que repetía el remate, y nos matábamos de la risa.

Papi. Quizás el único que amaba al niño más que yo. A menudo se sentaban en silencio en los escalones de la entrada, Sandi fumaba y el abuelo cascaba nueces o pelaba avellanas, eso les bastaba. Una noche lo vi a Papi alejarse de la ventana una vez que vio a Sandi en su camino de regreso. Estoy segura de que sólo podía dormir profundamente cuando el niño estaba en casa. Y estaba celoso. Durante todo un día no quiso hablar con nosotros cuando mi hermano nos invitó a Sandi y a mí a su cabaña un sábado.

- Haremos algo a la parrilla. – así se decía en el pueblo, y luego se asaba no poco sino mucho. Invitó a algunos amigos con sus esposas, los que probablemente pensó que podrían soportarlo. Sandi se las arreglaba muy bien, no decía mucho la mayor parte del tiempo, de vez en cuando hacía una buena pregunta, se reía cuando todos los demás reían, aprendió la broma interna diaria que siempre se cuele en una conversación cerca del comienzo de una fiesta y luego se queda. Esta vez la muletilla fue “amor y alta costura”. Melita, una profesora de matemáticas que se había mudado al pueblo desde la parte baja

de Međimurje, pasó por aquí al principio de la fiesta. Habló de cómo había estado en Italia con su marido y constató que Milán era una ciudad de amor y alta costura.

“...una ciudad de amor y alta costura”, con ese mismo tono.

Después de que ella se fue, todos comenzaron a burlarse de lo que había dicho.

- ¿Dónde compraste estos *čevapi*? Son para chuparse los dedos. *Čevapi* de amor y alta costura.

- Hazme un vino blanco con soda de amor y alta costura, por favor. Aquí está mi vaso.

El amigo de mi hermano, Boris, al que conocemos como Boris Carpintería PVC, contó cómo habían jugado los veteranos el partido de esa mañana. Le hice una zancadilla tan fuerte en la rodilla que tuvieron que sacarlo del campo. Sandi intervino: Una falta de amor y alta costura, y todos se rieron a carcajadas. Boris dijo: ¡Por eso dicen que el amor duele!

Sólo la esposa de mi hermano ignoró a Sandi, pero eso fue solo otra forma del mismo engreimiento que usó para presionar a su marido. Mi hermano estaba muy animado e innecesariamente protector con Sandi. No dejaba de decir que Sandi estaba trabajando bien y de lo capaz que era. Nadie había dicho nada contrario así que mi hermano sonó ridículo, como si estuviera discutiendo consigo mismo. Esto me pareció insultante y sospecho que a Sandi también, pero sonrió y tomó un sorbo de su vino con soda mientras los demás se emborrachaban. Finalmente, probablemente sin poder esperar un minuto más para que alguien dijera que había un gitano entre nosotros, mi hermano lo dijo él mismo. Lo único que recuerdo es que en un momento gritó:

- Mira, cualquiera de nosotros podría haber nacido gitano. Yo y tú y tú y tú - y señaló a cada uno de los hombres allí, excepto a Sandi. - No es su culpa haber nacido gitano. Lo que importa es ser una persona decente.

Me sentí. Terriblemente. Incómoda. Al otro lado de la habitación lancé a Sandi miradas llenas de gratitud por soportar esto. Él me guiñó. Mi hermano era un idiota. Sandi era fuerte. Nosotros vivíamos.

Por supuesto, mentiría si dijera que de repente todo estaba fenomenal. No fue sólo la cantidad de tiempo que se ausentaba que me sacaba de quicio. Siempre estaba comprándonos ropa y perfumes para él y para mí. En otoño compró un Golf 4 con llantas de aluminio y le pegó unas pegatinas en los laterales. Lenguas de fuego parecían salir de las ruedas. Compró un segundo teléfono móvil. O sea, ¿por qué un segundo teléfono? Me reí de él cuando me dijo que no quería mezclar los contactos comerciales y privados, y dijo que yo era libre de revisar sus mensajes si quería. Ofendida, me negué, pero luego una noche los revisé. Nada sospechoso, cuándo y dónde reunirse, nada más. Pero me molestó que nunca se separara de él. Cuando nos acostábamos, lo ponía en su pantufla.

Hubo otras cosas también. Imitaba a la gente que lo rodeaba sin control. El hombre - eco. Creo que quería parecerse a la gente de Sabolščak. Escupía hacia un lado tal como lo hacían ellos, suspiraba y se ponía la mano detrás de la oreja, se daba aires cuando alguien le pedía un favor. Se llevaba el cigarrillo a los labios entre el dedo índice y el dedo medio y lo sostenía con el índice y el pulgar. Como un cowboy. Imitaba, por ejemplo, la forma de hablar de Hamer. Empezó a adoptar un fuerte acento de Međimurje.

Darko se puso en contacto después de meses de no saber nada de él. No estaba enfadado, esa no es su manera. En cambio, se hacía el ofendido. Se hace la víctima cuando las cosas no salen como quiere. Así fue cuando me llamó. Acababa de cambiar las sábanas. Me senté en el borde de la cama y escuché cómo

él no podía articular una sola oración coherente. Venga, hombre, dime qué es lo que no te sienta bien, no es que vaya a cambiar nada, pero al menos podemos tener una conversación normal. Pero cuando el imbécil empezó con su tontería: todavía eres oficialmente mi esposa, ¿por qué me haces esto?, qué vergüenza... El tan miserable ni siquiera podía escupir que le molestaba que Sandi era gitano. Lo único que hizo fue parlotear sobre la diferencia de edades y otras tonterías. Le corté y me reí porque me divertía escuchar qué tan lejos de aquí se había extendido la noticia sobre nosotros dos. Y de que follábamos a lo grande. Debía ser una locura, fuera de este mundo, el pecado al cuadrado. Sabía que esta era la parte más jugosa porque Fanika me preguntó con un brillo en los ojos:

- Entonces, ¿qué tan grande la tiene tu gitano?

A cada frase que le decía, ella aplaudía como una niña pequeña, con horror y deleite, y murmuraba: - Eh, Milena, venga. No me lo creo. Maldita seas Sandi. No digas eso.

- No es particularmente larga, pero es gruesa. Y bien negra. Rocía como la manguera de un bombero. Necesito un paraguas.

- ¿Entonces ahí abajo tiene como una manguera en vez del pene?

Cuando le dije que lo hacíamos sin condón, el asco se apoderó de ella. En algún lugar de nuestro subconsciente se los percibe como portadores de enfermedades. Pueden fertilizarnos; gracias a ellos nos convertimos en otra cosa. Cuando estaba en el instituto se decía que Tkalčec, que había vuelto de Alemania después de trabajar en el extranjero y nunca se había casado, solía ir a su casa de fin de semana con dos chicas de Dol. Brenda y Lambada, esos eran sus nombres. Pero eso fue algo completamente diferente. Cuando uno de los nuestros se folla a una de las tuyas, como si follaran todos los hombres de Sabolščak. Cuando uno de ellos se folla a una de las nuestras, como si follara a todo Sabolščak. Si consideramos esa posición... De pronto la gente estuvo dispuesta a ignorar incluso eso, en aras de la paz.

Socializar, no socializábamos exactamente, con casi nadie, no en Sabolščak. Con una pareja romaní desafiante Biserko y Tamara, estuvimos dos o tres veces en su casa en Čakovec. No entendía bien de dónde Sandi conocía a Biserko. Ellos dos eran de Zadoščak, no de Dol, se casaron sin el permiso del padre de ella y éste amenazó con ir a matar a Biserko. Sandi me contó esto de camino a su casa y me dijo que debería evitar mencionarlo. Ella era asistente educativa y él ayudaba en la estación de inspección técnica, limpiando coches. Durante la cena, Sandi y Biserko hablaron durante hora y media sobre coches usados, teléfonos móviles y televisores. Más tarde salieron al balcón a fumar, y Tamara lavaba las vajillas y me contó que apenas habían podido encontrar un apartamento, que tenían que pagar nueve meses por adelantado mientras que los demás tenían que pagar medio año por adelantado. Sus vecinos se quejaban de todo. Dejó de hablar cuando Biserko regresó. Se hizo un silencio pesado y le pregunté a Biserko cómo le iba en el trabajo.

- Bien- dijo. Enumeró todos los trabajos que le habían ofrecido en la oficina de empleo. Escucha esto. Cobrador de facturas. Asistente de cobro de aparcamiento. Lector de medidores de energía eléctrica. Quiero decir, ¿están locos? Tan pronto como comienzas una frase, sabes que termina como una broma o una noticia de crónica negra. Un gitano viene a leer el medidor eléctrico. Mientras él se quejaba, a ella se le cayó el platillo de una taza de café y se rompió. Ella siguió lavando las vajillas como si nada y no dijimos una palabra. Nos enteramos de que el apellido en la puerta era de ellos, Perčić.

Biserko Perčić dice:

- Es la única manera de conseguir una hipoteca.

Tamara Perčić añade:

- Como si tuvieran problemas para encontrarnos.

Nunca nos devolvieron la visita. Tal vez debería haberlos invitado, pero pensé que Sandi lo haría. Pero sabes, ninguno de los suyos había estado alguna vez en mi casa, como si los mantuviera a distancia. Incluso Mirza y Tompo. Solía decir que eran sus mejores amigos, que había crecido con ellos y que siempre estaban con él, pero los despachaba en un abrir y cerrar de ojos cuando entraban al patio, probablemente no quería que les sucediera nada adverso en Sabolščak. Una vez dijo:

- Están recién salidos de prisión. No tienen idea de que andar así por Sabolščak es una mala idea.

Fue entonces cuando habló un poco más sobre ellos por primera vez. Me sorprendió escucharlo decir que tenían su edad, los dos parecían mayores, tal vez porque eran más corpulentos. Dijo que les ayudaría y les daría dinero para que no volvieran a terminar allí. La madre de Mirza estaba muy enferma, dijo, pero tal vez eso no sea cierto. Parecía una buena respuesta, de esas con las que no te sentías cómoda a preguntar más. Sandi no estaba interesado en hablar conmigo sobre dinero o trabajo. Yo veía esto como una cosa de macho gitano y lo acepté. Las siguientes semanas, ya a finales de otoño, pude ver que estaba preocupado. Trabajaba más, casi todas las noches, y estaba segura de que eso se debía a ellos dos. Una vez, de la nada, dijo:

- Cada vez que uno de los nuestros logra salir, algo aparece y lo arrastra hacia abajo.

Ni siquiera hoy estaba del todo segura si se refería a sí mismo o a ellos.

Una noche, después de despedirlos por tercera vez, permaneció sentado en silencio durante media hora. Luego dijo que iba a encargarse de algo en Dol y que no lo esperara despierta. Regresó a las dos de la madrugada, borracho como una cuba, chocó su Golf contra el primer escalón de la casa de Papi y vomitó sobre la cama.

A la mañana siguiente me contó una historia acerca de que no había nadie allí para cuidar a su madre en Dol. Me parecía que los gitanos hablan a menudo de sus madres, normalmente cuando mienten. Dijo que tenía que ayudar a Mirza y Tompo porque estaban protegiendo a su madre en Dol de sus vecinos groseros. Ellos dos no estuvieron en contacto con él durante las siguientes dos semanas. En realidad, hasta esa noche.

12. N/ Una victoria para ti, una derrota para mí

Nos quedamos unos días en una casa sin terminar porque pisé un clavo oxidado y me desgarré la mitad del pie. El marroquí me instó a orinar en la herida para no morir de tétanos. Me negué y entonces él quiso hacerlo. Había bondad en él. Él era el único que tenía dinero, compró comida y agua para los tres.

Estábamos más que cansados. El nuestro era ese tipo de cansancio que te invade como un peso invisible, que te impide recuperarte y caminar derecho. El cansancio te llama a cruzar al otro lado, ves a todos los muertos y a Papous, el último de la fila.

Mantuve mis ojos en Azad, su indiferencia me ofendía. Estaba centrado en nada más que dormir y comer, como si tuviera todo el derecho a hacerlo. Pensaba lo peor de él, me repetía que era un tramposo, un mentiroso, nadie le robó el dinero, él me utilizó. Le estaba preparando un verdadero

insulto y esperando el momento en que finalmente abriéramos nuestros corazones el uno al otro. Llegó el momento en que él fue el primero en proponer un robo. Todos teníamos claro que no teníamos otra forma de conseguir dinero, pero aun así exploté. Soy un hipócrita, lo sé.

-¿Ah, sí? ¿Y mataremos a alguien en el camino?

- ¿Que se supone que significa eso? preguntó.

Es difícil atacar a un hombre al que has visto matar a otro con sus propias manos, pero no pude evitarlo. Le dije que cada cosa mala que hiciéramos se volvería en nuestra contra, que Alá nos castigaría a ambos por lo que había hecho, y le pregunte qué le dio derecho de tomar esta decisión y cómo quería seguir viviendo. Sentí que caía hacia abajo a una velocidad vertiginosa. Todo a mi alrededor se oscureció, sólo vi el rostro de Azad. El marroquí se fue a otra habitación. Azad permaneció allí, tranquilamente, en su lugar, me miró a los ojos y asintió. Esperó a que terminara y me dijo:

- Así lo ves tú. Sabes, yo veo las cosas de manera diferente. Después de todo lo que hemos sufrido, Alá nos ha dado el derecho de luchar por nuestras vidas.

-¡No has luchado por la vida de nadie!

- Sí que he luchado- dijo en voz baja. - Por mí y por ti. Ahora estamos a mano.

Estaba a tres centímetros de su rostro inexpresivo y grité. Se suponía que mis palabras entrarían en él e impedirían que las suyas salieran.

- ¡No lo mataste por mí! ¡Dime que lo entiendes!

Se echó para atrás, puso los ojos en blanco y dijo en su pobre árabe, con una suave inquietud, como si odiara ser siempre quien tuviera que decir la verdad desagradable:

- Mírame, Nuzet. Ya no te debo nada, a partir de este momento todo eso termina. Ya no puedo hacer esto. No sabes cómo es vivir como yo. Ver cada día cómo te hundes por mi culpa. Recordándote que te destruí tu vida. Veo tu pesadilla, cómo estás perdiendo la cabeza por culpa de tu familia en casa y trato de convencerme de que puedo arreglarlo todo, y eso me ayuda a seguir adelante por unos días. Pero no puedo, ves que no puedo. Cualquier cosa que haga, cada vez que intento devolverte el favor, termina en un desastre. Ese hombre está en mi alma, sé lo que hice. ¿Pero ves lo que estás haciendo tú, Nuzet? Estás intentando convertirme en un niño al que cuidarás. No quieres que te devuelva la deuda, quieres que te lo deba para siempre. Pero yo ya no quiero formar parte de esto. Seguí el juego por ti, porque vi: lo necesitabas para no perder la cabeza. Pero ya no puedo hacerlo, puedes comprobarlo por ti mismo. En la frontera turca dijiste que me ayudaste porque deseabas ser un buen musulmán, un ser humano, sigues contando esa tonta historia sobre la pureza y cómo no merecemos esto o aquello porque estamos corrompidos. Déjame decirte algo. Mira a tu alrededor: ¡los impuros mandan, no preguntan a nadie si se lo merecen! Y los que intentan ser puros viven de la comida que recogen de los cubos de basura y se perforan las ampollas ensangrentadas para poder seguir corriendo. Y yo tomé la decisión de que no voy a vivir más así.

Se detuvo por un momento, pareciendo una persona que le ha dado una palmada en el trasero a un niño con berrinche y ahora se arrepiente. Me dio la oportunidad de hablar, pero no quedaba nada dentro de mí.

- Las cosas serán más fáciles para nosotros ahora que hemos aclarado las cosas. Voy a encontrar algo de dinero para seguir adelante. ¿Por qué me estas mirando? Sí, voy a robar, ¿has olvidado cómo llegamos

hasta aquí? ¿Crees que nació así? ¿Que lo disfruto? Lo haré por los dos, lo tomas o lo dejas. Puedes acompañarme, Nuzat, pero no es necesario. Eres un buen hombre, te deseo lo mejor, pero si no eres lo suficientemente hombre para cuidar de ti mismo, déjame a mí. Simplemente no te metas en mi camino. ¿Entendido?

Esperó y vio que no decía nada, así que se puso a hacer las maletas. A pesar de todo, no vi otra manera que proceder juntos. Necesitábamos cruzar un límite lo antes posible y eso es difícil de lograr cuando uno está solo. Un límite estatal, quiero decir. Pasamos todos los demás hace mucho tiempo. Esa noche, en la carretera, cerca de un cajero automático, les quitamos casi 700 euros a un hombre y una mujer. Al día siguiente fuimos en taxi a Salónica. Mientras Azad y el marroquí dormían en la estación de tren encima de sus maletas, me acerqué a unas personas con aspecto de árabes que vendían gafas de sol y desodorantes sobre cajas de cartón en la calle. Hablé primero con uno de los mayores y le dije que estaba buscando a alguien que pudiera llevarnos a cruzar la frontera. Él me dijo que me fuera. Cuando me negué a dar un paso atrás, recogió sus cosas y se fue. Otro me trata con más paciencia, veo que ha repetido esa frase mil veces: siempre nos están vigilando, todos los días se nos acerca alguien con sus bolsos como tú y una cartera y zapatos gastados y nos pide ayuda. Aléjate de nosotros, aquí tampoco hay lugar para nosotros.

Salónica no era una ciudad amigable para los viajeros. Nos topamos con jóvenes con palos, y lo único que nos salvó fue que éramos diez veces más los viajeros involuntarios. Quería salir de este país lo más rápido posible. No me importaba si el próximo fuera mejor.

Aquí es donde perdimos al marroquí. Por la mañana dijo que iba a comprar pan y no volvió. Por la tarde nos dimos cuenta de que se había llevado todas sus cosas. Azad y yo encontramos un garaje donde refugiarnos y encendimos un fuego porque la noche era fría. El otoño se estaba asomando y nos obligaba a seguir adelante. La noche siguiente hacía aún más frío así que tuvimos que buscar un hotel. En la recepción nos pidieron pasaportes, pero no teníamos, Azad quería pelear por ello, lo agarré por detrás y lo aparté. Encontramos otro, unos kilómetros más adelante. En él brillaba el nombre Kalinihta, en letras de colores. No nos pidieron nada, solo pagar por adelantado y listo. El tipo era un negro grande y nuestro garante de que no robaríamos nada y estaríamos callados. Por la noche había putas en el bar del hotel y allí conseguimos encontrar a un albanés que nos llevaría al otro lado de la frontera por mil euros.

Pasamos por el pueblo de Kilkis. En la frontera con Macedonia vi a un hombre que había arrancado todos los asientos de su coche, se había vestido con una funda y se hacía pasar por un asiento de seguridad. Pero la mayoría de los demás no se esforzaron tanto. Nosotros también esperamos y procedimos cuando le dijeron al albanés que habría un agradable turno de policía. Nos dejó en un hotel en el sur de Serbia, nos dio unos pases que debíamos mostrar a la policía si nos detenía, creo que todavía tengo el mío en algún lugar de mi bolso. Nos dijo que todo lo que necesitábamos ahora era cruzar la frontera hacia Hungría. En Belgrado había un ejército de gente trabajando en esto, no era caro, no habría problemas.

Nos quedamos una semana, dormimos en camas de verdad y comimos bien. Al principio no hablamos de futuros planes. Teníamos suficiente dinero para cruzar la última frontera, así que estábamos tranquilos. Me pasaba todo el día tumbado mirando la televisión. Todos los días había un programa sobre un hombre que iba a lugares con clima extremo, se arrojaba al agua y luego explicaba lo que había que hacer para sobrevivir: comer gusanos e hígado de animales salvajes. Se ponía deliberadamente en situaciones extremas, miraba directamente a la cámara y tenía cuidado de asegurarse de que lo estuvieran filmando.

No había llamado a casa desde hace diez días ya. La membrana de piedra se estaba endureciendo. Ya estaba acostumbrado a mis pesadillas. Lidiaba tan fácilmente con la violencia en mis sueños que ya no me despertaban. Lo aceptas como un dolor de espalda y, además, no puedes desarraigarlo.

¿Qué te pasa?, me preguntaba Azad de vez en cuando, como si no nos hubiésemos dicho ya todo lo que había que decir. ¿Por qué siempre estás tan callado? Le dije que estaba callado porque estaba enfadado y triste. ¿Por qué triste?, pregunta una voz de algo vasto y eterno. Como Alá no me habla, sé que un dios más pequeño debe dirigirse a mí. Estoy triste, mi Lamassu, porque ahora sé que nunca podré volver atrás. El lugar que dejé ya no está, se fue para siempre, para mí ese lugar es ceniza. Y para ese lugar soy ceniza.

Quizás ya no quería volver. Arrastraría a mi familia conmigo, lo sé. Huir como lo he hecho yo es una enfermedad contagiosa, especialmente contagiosa para aquellos que solían amarte.

A Azad le gustaba estar fuera, así que le dejé que hiciera el resto de los arreglos. Vino una tarde y dijo que no pasaríamos por Belgrado sino por Bosnia. Encontró una buena opción: pagas todo y te dejas llevar como un rey. Con el precio que había fijado, a cada uno de nosotros todavía le quedarían trescientos euros. Cuando estaba de buen humor, seguía diciendo que era culpable de tal o cual cosita o de lo torpe que era. Esperaba mi permiso para reírse a carcajadas y estar de buen humor. Pero el permiso no le llegaba.

- Cuando crucemos la última frontera, no quiero volver a verte nunca más- le dije antes de irnos a dormir la última noche en el hotel.

- Veo en cada mirada tuya cuánto me odias. Espero que eso desaparezca algún día. Tal vez algún día me recuerdes a mí y a nuestro viaje con una mejor luz.

- ¿Qué luz sería esa?

- Hemos sobrevivido. Para mí eso es una victoria.

- Pero no seguimos siendo seres humanos. Para mí eso es una derrota.

Azad apagó la lámpara de la mesita de noche. Un minuto después habló en la oscuridad. Su voz rebotaba en las paredes y parecía llegar a mí desde varios ángulos a la vez.

- Sé que por las noches sueñas que te caes y no puedes parar. Veo cómo te agitas en tu sueño. Puedes pensar lo peor de mí, pero déjame decirte esto. No dejarás de caer cuando lo merezcas, sino cuando lo decidas. Si todavía crees en merecerlo, entonces tienes mi lástima. Siempre caerás y te resentirás con todos los que te rodean, tal como me resientes a mí. Sueñas que te caes porque esperas a ver qué pasa, a ver si alguien entenderá lo que te debe por tu caída. Dejarás de caer una vez que lo decidas. Asume la responsabilidad de tu vida. Acepta que tienes una opción.

- Tal vez tú sí la tienes, Azad. Yo nunca la he tenido. Mi familia es...

- Siempre hay una opción. Dices que no, pero eso sólo significa que has elegido dejar que el destino te pisotee. Así no te tienes que hacer cargo de nada. ¿Es así? Por eso jugaste el juego de cuidarme. Gracias por todo lo que hiciste. Simplemente acepta que esta fue tu elección. Mi elección fue no participar.

-No siempre tienes otra opción. No puedes elegir cómo morirás.

-¿Muerte? No, esa es una opción que no tienes. Aunque... si eres lo suficientemente fuerte, también puedes decidir eso.

13. P / Salida Varaždin

- No, sigue recto. La salida es Prelog. Todavía tenemos que cruzar el Drava.

-Venga, repíteme lo que sabemos, para que no parezca como si hubiéramos caído de Marte.

- Pero sí hemos caído. Mira. La notificación fue recibida por la comisaría a las 7:03, por la Fiscalía del Condado a las 7:48, se tomaron su tiempo los muchachos, y se ha ordenado proceder de acuerdo con bla, bla. El forense llegó a las bla, bla. Si llovía a cántaros como en Zagreb, seguramente todo estaba bien empapado cuando llegaron allí. Mmm, mmhm, bueno, Sandokan Ignac fue identificado inmediatamente, veinte años, de Bukov Dol, trasladado en estado crítico al hospital provincial de Čakovec, bla, bla, los médicos luchan por su vida, más chorradas. Múltiples fracturas, cráneo aplastado. Mmmm, está bien, vale. El forense ha declarado muertas a dos personas no identificadas... en... Espera un segundo. ¿Por qué no identificadas?

- Tal vez no han encontrado documentos.

-La inspección en la escena del crimen indicó... Hombre... Altura 185, el otro hombre más bajo, 170, entre 20 y 50 años de edad... Mhm... Oh, genial. Brillante. Me cago en la leche.

-¿Qué?

- No se han encontrado documentos, un móvil prepago, ningún número registrado. Sólo llamadas entrantes. A las víctimas les tomaron las huellas dactilares, las enviaron al laboratorio, todo bien, pero falta lo más importante.

- ¿Qué?

- Las caras. Les dispararon a quemarropa, probablemente con un arma de fuego casera. Tenemos tres víctimas, una colgando de un hilo y otras dos con gachas en lugar de caras.

- Bien. No importa.

-¿Cómo que no importa, Plančić?

-Pues, vamos a ver quién falta entre los vivos. Apuesto a que tendremos una imagen más clara incluso antes de que los friquis del laboratorio se contacten de vuelta. Vamos, a por unos *čevapi*.

Traducción: Nikolina Židek